



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

EXTRANJERO:	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 "
Un año.	74 "
Francia.— Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administración el importe en sellos franceses del correo.	
Se suscribe en la Habana: Propaganda Literaria, calle de la Habana, núm. 100.	
AMERICA:	
Seis meses.	33 rs.
Un año.	70 "
FILIPINAS:	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	100 "

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

# EL CASCABEL.

## GUERRA A LA GUERRA.

Los hombres merecían... yo no sé qué merecían... merecían que no les quisieran las mujeres, que es lo peor que les podría suceder, como a las mujeres no les sucedería nada que tanto les doliera como que no las quisieran los hombres.

Sin tratar de adularlos, debo decirles aquí en sana paz, y ahora que nadie nos oye, que para una cosa acertada que hacen los hombres hacen mil desatinos, y que sino fuera por los contados sábios, hombres de ciencia, inventores y artistas eminentes, el mundo sería una casa de locos, ó mejor dicho de tontos, de hombres completamente inútiles para todo, y sobre todo para el bien.

¡Cuidado que es peregrina la invención de la guerra civil!

Solo al mismo demonio se le pudo ocurrir tan garrafal desatino, y solamente hombres dejados de la mano de Dios pueden aceptar como cosa corriente y guerra leal y noble la guerra civil, que es lo mas absurdo y monstruoso que ha podido imaginarse.

Figúrense Vds. una familia tan sin ventura, que la esposa fuera enemiga irreconciliable del esposo, y los hijos hicieran todo lo posible por arruinar y matar á su padre, y los hermanos se maltratasen impiamente.

Todo el mundo se horrorizaría al contemplar familia tan desdichada.

Pues lo mismo es la guerra civil, y peor todavía.

Porque la guerra en una familia no escandaliza tanto como la guerra en una nacion.

La nacion desventurada que sufre esa horrible calamidad, es mirada con horror por las demás naciones cultas, y no dá muy favorable idea de su ilustracion moral y cristiana.

¡Guerra á la guerra!

Este grito es el mas patriótico que puede darse hoy por los españoles verdaderamente amantes de su patria, que no quieran verla sumida en la miseria y en el estrago y deseen para ella las consideraciones de las potencias extranjeras.

Cuando un pueblo pelea bizarramente por su independencia, todas las demás naciones le admiran y le respetan. Esto sucedió en España un tiempo, que fué admiracion del mundo el valor heroico, la abnegacion, el sufrimiento de sus hijos, enfrente del francés, que á fuer de enemigo valeroso tambien, no pudo menos de estimar el arrojo y la nobleza del hidalgo pueblo que combatia, y libros hay escritos por franceses en que se hace justicia á las armas españolas y se reconocen los hechos heroicos de aquella campaña.

Pero cuando un pueblo dividido en bandos se desgarraba, se destruye á sí propio, ¿qué simpatías ha de merecer?... En ese pueblo dominan las malas pasiones, y no hay religion, ni patriotismo.

Y tanto es así, que la guerra civil viene á ser el estado normal de los pueblos salvajes, de los desdichados pueblos adonde no ha llegado la bienhechora luz de la civilizacion.

¡No es una vergüenza que un pueblo civilizado imite á los pueblos salvajes?

¡Y qué habrá que decir del hombre que presta su nombre como simbolo de una guerra civil, del que pretende dirigir á un pueblo, ocupar el trono, y empieza

por provocar una lucha impía y monstruosa entre los que desea que sean sus súbditos?... ¿Qué idea tiene ese hombre de sí mismo y del pueblo que codicia, que no tiene escrúpulo en que se le allane el camino regándolo con sangre generosa de los hijos del mismo pueblo?...

Parece imposible que los que hallan que esto es bueno vivan en el siglo XIX y en medio de la Europa civilizada.

¡Levantar un trono sobre sangre, y cadáveres y ruinas!

Uno hemos levantado ya de esa manera en España; y ¿qué frutos ha dado?...

¡Y ahora, que todas las aspiraciones tienen abierto el camino, que todos los partidos pueden usar el arma poderosa de la prensa, poderosa cuando se esgrime con templanza, con razon, con decoro y pudor; que hay mil medios de propagar pacíficamente las ideas, es precisamente cuando se predica la guerra, cuando se quiere que corra la sangre española, cuando un hombre á quien ni siquiera conoce el país y á quien nada debe, pretende imponerse por la fuerza!

Pero no le culpemos á él.

Culpemos á los hombres que le rodean, que creen ver en su triunfo un medio de satisfacer sus ambiciones personales.

La ambicion personal es la causa de todos los males que sufre España.

El triste ejemplo de hombres sin mérito alguno, sin ningun talento, engrandecidos de pronto, ha dado sus frutos, y los ambiciosos no se acabarán en mucho tiempo en España, y por consiguiente no se cerrará tampoco en mucho tiempo la triste historia de nuestras convulsiones políticas.

¡Oh! si hubiera patriotismo! si lo hubiera, ya se habría constituido definitivamente el país, ya se habría dado tregua á los rencores y al despecho, ya se hubiera evitado que la miseria, precursora ó compañera de la guerra, fuera invadiendo las aldeas, los pueblos y las ciudades.

De este pecado todos somos culpables, lo mismo los que quieren que se avance mucho, que los que desean un retroceso imposible, lo mismo los que desde setiembre último están en la emigracion, que los que en la misma época les reemplazaron en el poder.

Todos miran mas á su conveniencia propia que á la conveniencia general del país, y este egoismo trae sus naturales consecuencias.

Si el gobierno de la revolucion hubiese hecho radicales economías, si hubiera obrado siempre con la mas estricta justicia, si no hubiese mostrado con nadie saña ni espíritu de venganza, si hubiese atendido mas al desarrollo de los intereses generales del país, si hubiera hecho, en fin, todo lo que ha podido hacer, al encontrarse en posicion en que no se ha encontrado gobierno alguno, libre de todo compromiso, desembarazado de toda clase de enemigos, otra sería hoy la situacion de España, y ni el carlismo ni la república amenazarían sumir á esta noble tierra en un abismo de desastres.

Esto lo reconoce y confiesa todo el mundo, y hasta los mismos señores de la situacion y los mismos carlistas y republicanos lo dicen.

De manera, que de lo que suceda tienen la culpa principal los señores revolucionarios, que han venido á demostrar cumplidamente su poca prevision política y su incapacidad para gobernar.

Pero los que quieren arreglar el país, emprendiendo la guerra civil, son unos caballeros que merecen la mas severa censura y que nadie les siga en los pueblos: antes bien, que con todas sus fuerzas se opongan á esa guerra tan inoportuna.

¡Guerra á la guerra! tal debe ser la bandera de todos los hombres honrados, de los que aman al prójimo y no quieren ver á España en la mas desgarradora situacion, muertos sus hijos mas bizarros, y empobrecida y hambrienta.

## ¿HA VISTO V. A LOS CARLISTAS?

### CARTA DE BAYONA.

Mis queridos lectores; anuncié á Vds. el otro dia mi propósito de llegar hasta Bayona á ver si veía á los carlistas, á quienes esos periódicos suponen ocupando la frontera, uniformados con todo el aparato que el argumento requiere, y esperando entrar hechos unos demonios por Irun adelante, llevando en brazos á su D. Carlos, y es la mejor manera de llevarle, si es un niño terso, como dicen los citados periódicos, que yo me libraré bien de poner motes á nadie, y mucho menos á un pretendiente á una corona y á un cetro, que ya deben estar bastante averiados, habiendo pasado tantos meses en el guardarpapa.

Gustos hay que merecen palos, y ese de ser rey es uno de ellos, porque el oficio no promete por ahora mas que muchos quebraderos de cabeza y sustos y peligros.

Antes se consideraba á los reyes seres superiores, y aun se les atribuía cierto divino origen, que eso y mas se puede hacer creer al pueblo sencillote é ignorante, y en eso consistía su fuerza, pero ellos mismos han formado tal empeño en hacer ver que no tienen nada de divino ni de particular, y que están dominados por las mismas ó mas terribles pasiones que el vulgo de los mortales, que al fin han convencido á todo el mundo de que no es mucho bueno lo que de ellos hay que esperar, y se les ha ido perdiendo el respeto de tal manera, que ahora se hace saltar á un rey con la misma facilidad que se despié á una criada sisona y amiga de la guarnicion.

Yo soy monárquico, porque no las tengo todas conmigo con la república, y porque esta forma de gobierno aun se presta á mas abusos que aquella, pero no puedo menos de reconocer que los reyes van de capa caída y pierden cada dia que pasa mas terreno.

Lo que me consuela es que yo no tengo la culpa, ni la tienen los pueblos que rigen; la tienen ellos solitos que no saben lo que les conviene y hacen siempre, no lo que á ellos les conviene, sino lo que viene como de molde para la prosperidad y engrandecimiento de cuatro tunos aduladores que son sus consejeros.

Yo no sé qué gusto tiene en ser rey el señor D. Carlos. Antiguamente siquiera el rey era un hombre que se lucía en todas partes, con su armadura; y su escudo, y su casco, y sus plumas, en el campo de batalla, con su túnica larga llena de armiones, con su palacio y con su guardia de guerreros de mirada torva y lanzon tremendo; pero ahora un rey que tiene que llevar sombrero de tres picos; y frac de tigre, y calzoncillos de franela... es un personaje que tiene muy poca importancia.

Yo de mí sé decir que si fuera nieto de cien reyes, me alegraría mucho de tener dinero y de que no me dieran ningun trono del mundo, y habia de tener por mi mayor enemigo á quien me viniera á hablar de conspiraciones en mi favor y á pedirme dinero para comprar boinas ó gorros de dormir.

Pues señor, en llegando á Hendaya, me figuraba yo que iba á ver los batallones y escuadrones del joven incauto pretendiente, formados en batalla y dispuestos para la entrada, y sentia deseos de conocer al famoso Cabrera, terror de España en la pasada guerra, y ya me le figuraba yo delante de su gente, con su boina blanca con borla de oro hasta el suelo, montado en un caballo negro y seguido de un estado mayor de jefes y oficiales capaces de comerse crudos á sus padres respectivos.

Pero en vano busqué á los carlistas en aquel sitio.

—¿Ha visto V. á los carlistas? pregunté á un gendarme francés con un sombrero monumental que debió servir ya en la guerra de la Independencia de España.

—Sí, señor, me contestó, allí tiene V. uno. Y me señaló á un viejo con una joroba bastante progresista, porque era bastante pronunciada, que se ocupaba en vender *allumettes chimiques*.

Acerqueme al carlista y le compré una caja de *allumettes*, artículo en que no están los franceses tan adelantados como nosotros.

—¿Es V. español? le pregunté.

—Hasta las uñas, me contestó.

—¿Qué tal?... ¿Hay muchos carlistas por aquí?...

—¡Hombre! todo el mundo es carlista; el que no es carlista es un tunante.

—Muchas gracias por el pipropo.

—¿No es V. carlista?

—No, señor.

Y el jorobado me volvió la espalda con el mayor desden.

—Diga V., le dije, sin picarme. ¿Y el ejército carlista?

—Ya está dentro; no van Vds. á quedar ni uno vivo.

—¿Canario!

—¿No conoce V. á D. Carlos?

—No, señor.

—Pues es un hombre que, vamos, yo estoy enamorado de él y mi mujer también, que es aquella francesa que está hablando con aquel carabiniere.

—Pues, ¿qué tiene de particular?

—Que es muy guapo, y tan amable que habla con todo el mundo... En mi casa ha estado una noche, y mire V., hasta se acostó en mi cama; es verdad que no había otra.

—Pues ya es un rasgo de magnanimidad digno de eterna memoria.

—¿Yo no daría por nada del mundo el honor que he recibido.

—No creo que venga nadie á comprárselo á V. ¿Es V. vascongado?

—No, señor, catalán.

—Pues por muchos años.

—Ahora verá V. carlistas en San Juan de Luz; aquello sí que está lleno.

En San Juan de Luz tuve el gusto de ver muchos políticos, republicanos divertidos de los de la temporada de invierno en Madrid, algunos cimbríos bizarros de esos que están *tampando* por ser ministros, algún que otro moderado de los de la banda dispersa en Setiembre de 1868 y á algunos carlistas de sombrero cuquito de paja y americana, ó de manto y alzacuello, que así irán ellos á batirse como yo á publicar la Bula. También tuve el gusto de ver no pocas señoritas que, según me dijo un conocedor de aquella colonia, son carlistas, es decir, pertenecen á padres conocidos por realistones de los más empedernidos.

Y francamente, debo decir que me parecieron las carlistas muy lindas muchachas, y que no pondría yo en duda el triunfo en España de D. Carlos si pudiera reunir un ejército de ellas, y fueran ellas las que emprendieran la campaña. Seguramente que el gobierno liberal tendría que sufrir la defección de sus defensores, que se pasarían todos al enemigo, sin armas ni bagajes, y harían lo que ellas quisieran.

Pero aquellas carlistas me pareció á mi que tenían más deseos de bailar y lucir que de lanzarse al campo en defensa del rey de sus suecos, papás, hermanos y primos.

En cuanto á los carlistas uniformados ya de que han hablado los periódicos, confieso que no ví el menor carlista con uniforme.

Entré en un café y leí en un periódico español que se suponía á D. Carlos en Cibour, pequeño pueblecito separado de San Juan de Luz por un puente, porque se había advertido que ciertos carlistas hacían desde el citado San Juan misteriosas expediciones al ya dicho pueblecito.

—Pues señor, me alegraría yo conocer á D. Carlos, me dije, y salí en dirección de Cibour.

Delante de mí iba un muchacho con boina azul con un papel en la mano.

—¡Hola! me dije, este debe ser un joven misterioso; este le lleva á D. Carlos un papel, acaso la cuenta de un fondista ó el plan de campaña acordado en consejo de generales por Cabrera, Elío y Aparisi y Guijarro. Yo en este momento me igualo con un esbirro, que es el oficio que menos me gusta, pero por intentar conocer á D. Carlos, algún sacrificio se ha de hacer.

Y seguí á prudente distancia al misterioso emisario.

Llegó á un sitio solitario; allí había una casita baja y enfrente unas tapias.

A mí me empezó á latir el corazón y la emoción me produjo tos; no sé si sería la emoción ó el aire que corría.

El misterioso joven desapareció detrás de las tapias y no me atreví á seguirle... Quedé suspeso unos momentos y ya iba á atreverme á atisbar por detrás de la tapia, cuando volvió á aparecer el joven emisario. —Ya no traía el papel en la mano.

—¡Ah! exclamé, ya ha entregado el papel.

Dejé pasar al joven y me escondí á mi vez detrás de las tapias.

No había nadie: aquel ameno sitio era un basurero.

Ya me volvía desengañado cuando oí dos palmadas. Apliqué el ojo y ví.

De la casita baja salió una joven bastante bella, que se puso á departir con el joven misterioso. ¡Si será doña Margarita disfrazada que venga á recibir algún mensajero para su esposo.

Y yo allí firme y lleno de curiosidad.

—No habrían pasado diez minutos cuando ví salir de la casita un venerable anciano con un garrote respetabilísimo en la mano, y acercándose por detrás á la pareja, descargó sobre el misterioso joven tal garrotazo, que este, sin ganas por lo visto de esperar el segundo, echó á correr hácia San Juan de Luz como alma que lleva el diablo, mientras el venerable anciano se llevaba á la casa á la incauta paloma que se me había figurado á mí la señora doña Margarita, y que tenía por lo visto, más de aspirante al matrimonio que al trono.

Así acabó la aventura del joven misterioso, que me pareció á mí un emisario de los más terribles carlistas dirigido á su rey y señor.

En cuanto al ejército dispuesto á entrar en la madre patria, no tuve el gusto de verle.

En Bayona encontré mucho moderado.

—¿Cómo deja V. á Madrid? me dijo uno que ha dejado, y no por su gusto, un empleo de sesenta mil del pico y coche.

—En el mismo sitio, le contesté.

—Aquello está muy malo.

—No está bueno desgraciadamente.

—Yo me alegro, me alegro de que se mueran Vds. de hambre al fin y al cabo.

—Pues hijo, lo mismo digo.

Y mi hombre, con su respetable señora, subió á un ómnibus para ir á Biarritz.

En ómnibus el que el año pasado por ahora paseaba por la Castellana en coche mejor que propio, puesto, que propio le hubiera costado el dinero, y el que usaba se lo pagábamos los contribuyentes.

Pero no hablamos de estos abusos del coche de valde, porque ahora los liberales también han tomado el gusto al coche, y esa Fuente Castellana está llena de carruajes que paga la gente de a pié.

Por eso debieron ser más previsores en la oposición los liberales y no haber criticado tanto entonces aquello mismo de que luego no habían de saber prescindir.

Pero en fin, esa y otras muchas cosas son propias de la humana fragilidad y de la pícara vanidad.

Y después de todo, si gobernaran bien, aun se les podía pagar el coche, como á los niños que son buenos se les paga una vueltita en los de la plazuela de Oriente.

Otro moderado encontré en Bayona, que salía para París.

—Me voy antes de que me internen, me dijo, pero antes que acabe el año verá V. en Madrid las cosas en el mismo ver y estado que el año pasado por ahora. Los liberales vendrán á reemplazarnos aquí.

—Eso es lo que quiere Bayona, que haya siempre emigración española. Es muy donoso que la política en España no sirva más que para mantener constantemente una colonia numerosísima española en el extranjero. Todos estos franceses horarian como si se les hubiera muerto su padre el día que hubiera completa paz en España. Con esto y con la maña de venir á veranear en estos sitios, tienen una ganga que les produce muchísimos miles de francos.

Otro moderado encontré que no sé por qué está emigrado, porque nadie le ha perseguido nunca, ni él ha hecho en política nada que de notar sea.

—Hombre! ¡también V. aquí!

—Estoy emigrado.

—Pues, ¿cómo?

—Le diré á V.; como queda cesante.

—Ya me acuerdo, pero aquí gastará V. más que los doce mil reales que tenía V. de sueldo en Madrid.

—¡Oh! ya lo creo, pero he venido con la marquesa de la Teja vana, que huyó de Madrid, llena de miedo, creyendo que allí se iban á comer los revolucionarios á las viejas crudas, y dentro de quince días me caso con ella.

—Pues qué sea para bien, y que haya mucha prole. Diga V. ¿ha visto V. á los carlistas?

—Hombre, en el hotel donde estoy comen cinco ó seis.

—¿Y van de uniforme?

—No señor, pero todos tienen despacho de generales.

—¡Sopla!

—¡Oh! le digo á V. que ya tiene el ejército real más oficiales y jefes que soldados.

—Pues si encuentra soldados á proporción que tiene jefes y oficiales, le digo á V. que ni los ejércitos de Xerxes.

—Adios, amigo, que allí viene mi vieja de mi alma en la carretela. Vamos a dar un paseo hasta la barra.

—Pues no la deje V. ir por los puentes; no se le vaya la cabeza, si es que no se le ha ido ya, y se caiga al mar.

—¡Jesús! ya se librará bien de eso antes de la boda.

Y siendo la hora de volver el tren á San Sebastian me volví á la estación, sin haber visto á los carlistas, que deban estar en mayor número en otro sitio de la frontera, porque aquí no hay muchos, y con uniforme puesto ninguno.

Moderados hay muchos y mal avenidos todos con estar emigrados.

—Aquel Casino y aquel café de la Iberia tienen para ellos gran encanto, aunque no tanto como los ministerios y direcciones generales.

Es penoso acostumbrarse á la desgracia cuando se ha creído tener segura la felicidad.

Pero para estos casos es la filosofía.

Y no canso más á mis queridos lectores.

EL MILLON.

Cuento de Pedro Veron, dedicado al más rico y al más pobre, á aquel para que aprenda la ciencia de la riqueza, y á este para que aprenda la ciencia de la pobreza.

Reunido delante de la lámpara, Daniel se entretenía distraído reuniendo los restos carbonizados de un trozo de lena. Su mirada y su sonrisa triste manifiestan claramente una profunda preocupación.

—¿En qué piensa? La sombría apariencia de la boardilla, lo deteriorado de los pocos muebles que en ella existen, bastan para hacer comprender que las reflexiones á que se entrega Daniel no son precisamente de color de rosa. Daniel está triste porque es pobre. Daniel es digno hijo de su siglo.

—Otro día de trabajo! exclama con rabia concentrada... ¡Todavía más largas horas de humillación, de fatiga, de servidumbre por un mísero salario que todo lo mas que me permite es no morir de hambre! Y esto, mientras hallan otros en el ban-

quete de la vida su cubierto puesto, mientras que los dichosos satisfacen todos sus caprichos, agotan todos los placeres, y pasan con una sonrisa desdenosa al lado del pobre... ¡Oh! ¡la riqueza! ¡la riqueza! Para llegarla no conozco sacrificio que no esté dispuesto á hacer; no sé de ningún peligro que no me atreva á arrostrar.

—¿Estas bien seguro de lo que dices? dijo una voz.

Daniel, grandemente sorprendido, se volvió por un movimiento instintivo y creció su sorpresa al ver detrás de él un personaje vestido de negro como un curial y de mirada profunda y fascinadora.

—¿Estas bien seguro? volvió á repetir aquel endemoniado personaje, antes de que Daniel volviera de su sorpresa.

—¿Quién es V. caballero? se atrevió al fin á preguntar el ambicioso joven, procurando dominar su turbación.

—¿Qué te importa si te doy esa riqueza que tan ardientemente deseas?

—¿V. puede?...

—Yo; solamente te impondré una condición. Tu fortuna eclipsará las más opulentas del mundo, tendrás más oro y más lujo que jamás puedes haber imaginado, pero ese lujo te impondrá un imperioso deber. Toma esta cartera, que contiene un millón en billetes de banco.

—¿Un millón! exclamó Daniel mirando con codicia la cartera.

—Paciencia déjame acabar, repuso el hombre negro que ya habrá adivinado el lector que era el mismísimo diablo, y púese a este señor siempre se le pinta de la misma manera. —Contiene, continuó el endablado personaje, un millón que deberás gastar en un solo día, y el día siguiente encontrarás otra vez en la cartera la misma cantidad; pero por la noche es preciso que hayas gastado toda la suma.

—¿Y sino la gasto algún día?

—Ese día será el último de tu vida.

Daniel sintió escalofríos, pero reponiéndose, contestó:

—No sé quién eres, ni me importa, seas quien quieras, acepto lo que me propones. No se dirá que un vano y pueril temor me ha hecho renunciar á la felicidad y la riqueza. ¿Qué vale un millón? Dispuesto estoy á gastar el doble.

—La experiencia te probará lo contrario, observó el hombre enlutado, entregándole la cartera. Desde ahora es trato hecho.

—Trato hecho, repitió Daniel maquinalmente.

—Sobre todo no olvides la condición. O el millón gastado en el día, ó la muerte.

Daniel quiso contestar, pero el hombre había desaparecido, y la cartera abierta y llena de billetes, estaba sobre la mesa.

—¡Rico! ¡ya soy rico! exclamó. ¿Qué me importa lo demás?

Y con una exaltación febril, el inquilino de la triste boardilla se puso á contar los billetes de Banco.

El millón estaba completo.

Rápidamente se le pasó el primer mes en medio de todo linaje de felicidades. Los millones desaparecían que era un portento. Al cabo de treinta días, Daniel poseía todo lo que puede procurarse una fortuna tan inverosímil. Sus cuartos estaban llenos de caballos de todas las razas y de los más fabulosos precios, sus bodegas de los vinos más viejos de todo el mundo, y sus salones no podían contener el sin número de parásitos que acudían á ayudarle á gastar: carruajes, palacios, fiestas magníficas, mujeres, nada le faltaba al afortunado joven.

Y al ver tan completa ya su felicidad, sintió una vaga inquietud, un indefinible temor.

—¿No tendré ya más necesidades que satisfacer? se preguntó con terror. Pero ¿hago mal en temer; mientras haya amigos en el mundo gastaré al millar todos los días, y más que nunca.

Y tranquilizado ya, se durmió apaciblemente, teniendo sobre la mesa de noche la cartera vacía.

III. ANIGAMI OIBOS

Al fin del tercer mes, Daniel pasaba ya sus trabajos para cumplir la condición que le impuso su protector.

Sus comidas, su lujo gastronómico no habían tardado en proporcionarle una hermosa gastritis complicada con una pérdida absoluta de apetito. Era preciso echar por otro lado para gastar dinero.

Sus parásitos, enriquecidos todos por los regalos enormes que habían recibido de su amigo, se habían creado una existencia independiente y tranquila. Por este lado tampoco se podía gastar ya un millón diario.

Pensó en sus criados y le amó á su mayordomo.

—Gran tunante, le dijo indignado.

—Perdon, señor, suspiró el criado, interpretando mal, el sentido del apóstrofe que le dirigía su amo. Es verdad, todo lo confieso; hemos sisado, hemos robado, pero desde hoy juró que todos los demás y yo no defraudaremos al señor en un solo ochavo.

—Desgraciado, ¿qué estás diciendo?

—Créame V. E. señor, era una acción indigna en nosotros engañar á un amo tan generoso, y en adelante...

—Lo que quiero, gran bruto, es que me robes mucho más que ahora.

—I imposible, señor, porque todos hemos decidido retirarnos del servicio á vivir de nuestras rentas.

Daniel furioso despidió á su mayordomo que salió convencido de que su amo iba á meter en la cárcel á los criados que reemplazarán á los dimisionarios, apenas les sorprendiera en el mas leve delito de sisa. Esta convicción perpetuada en la casa, hizo que el pobre hombre millonario no encontrase un solo criado que no fuese un modelo de honradez y probidad.

—Tendré pleitos, pensó Daniel. En todas partes he oído que los pleitos son una de las invenciones más ruinosas que han salido de cabeza humana.

Y empezó á pleitear por los más mínimos motivos con sus proveedores, con sus vecinos, con todo el mundo, pero el resultado no le fué satisfactorio.

De treinta proveedores de su casa, veinte quedaron convictos y confesos de engaño en la calidad de la cosa vendida y de fraude en el precio y condenados á pagarle daños y perjuicios. Y todos los demás pleitos los ganó también, gracias al talento de sus defensores, lo cual le proporcionó una buena suma por razón de indemnización.

Era para desesperarse.

—¡Jugaré! se dijo el pobre rico.

En tres días, como tenía tanto dinero, ganó el de todos los jugadores.

Era una situación horrible la suya.

—Me casaré, pensó como último recurso para gastar el dinero.

Y se enamoró como un tonto de una joven muy bella, y que no tenía dote ni cosa que le valiera.

El mismo día que fueron los novios á la vicaría á tomarse los dichos, recibió la novia una carta de América que le anunciaba una herencia de un horrible puñado de millones. Daniel echó á correr y no volvió á verla.

Era toda la desgracia que podía caer sobre un hombre.

Habían pasado nueve meses. Daniel, á pesar de todos sus esfuerzos, se veía cada día en peligro de no acabar de gastar

CASCABELES.

el millon famoso. Su vida entera se habia concentrado en un objeto unico; gastar, gastar y mas gastar.
—¡Oh! exclamó una mañana, ahora sí que tengo una buena idea. Salí de casa, y compré casas en los barrios mas malos de la ciudad, en los mas malsanos é inhabitables, por valor de treinta millones, pagandolos tres veces mas de lo que valian.
—Ya estoy tranquilo por un mes, dijo suspirando, al volver á su palacio.
Al terminar la tercera semana, un oficio del ayuntamiento le avisaba que habiendo sido expropiadas todas aquellas casas, para abrir plazas y calles nuevas, debia presentarse á recibir como indemnizacion una cantidad de millones equivalente á la que habia gastado.
Daniel estuvo para volverse loco.

VI.
—¡Maldito dinero! ya encontraré medio de deshacerme de ti, exclamaba al volver del ayuntamiento con los millones en el bolsillo.
Su cartera contenia el millon de costumbre y los de la expropiacion.
Habia llegado á una calle desierta, y despues de asegurarse de que nadie le veia, arrojó en una puerta cochera la cartera con los millones, y echó á correr como si acabase de cometer un delito.
Acababa de llegar á su palacio cuando se le presentó un dependiente de la autoridad.
—Perdone V. E. le dijo, pero he encontrado esta cartera en la calle, al ver la suma que contiene he presumido que su dueño estaria en la mayor desesperacion, pero por fortuna he visto con el libro de memorias de la cartera el nombre de V. E. y tengo el honor de devolvérsela.
—Pues señor, exclamó el pobre millonario, de buena gana ahorcária yo á este bárbaro por haber sido hombre de bien, y cayó desmayado, no pudiendo resistir la emocion de ira que le dominaba.

VII.
Allí estaba el hombre sin conocimiento, con su cartera al lado llena de millones, cuando dieron las doce de la noche.
—¡Las doce! exclamó, volviendo en sí, y la cartera no está vacía... ¡Ah! ¡la quemaré!—y quiso levantarse para cojer la luz.
—Ya es tarde, dijo una voz que le estremeció.
—Perdon.
—Es tarde, repitió el hombre negro. Acuérdate, Daniel, del pacto que hicimos. ¡Pobre loco, que te figurabas que la opulencia no es pesadísima carga para quien no sabe emplearla! ¡Tu has poseído los mayores tesoros, y ellos mismos, de desencanto en desencanto te han conducido á la muerte! ¡Dígracias tú, que, como todos los egoístas, no has adivinado el gran secreto de la riqueza!
—¿Que secreto? Habla, exclamó el infortunado, en la convulsion de la agonía.
—Ya no lo puede aprovechar tú, otros mas dichosos podrán hacer uso de él. Daniel, ese secreto que has desconocido y que te hubiera salvado, porque las desgracias que hay que socorrer en el mundo son tan numerosas como las arenas del mar, ese secreto es la CARIDAD.

Parece que el señor de Tejado es el ministro de la Gobernacion en el gobierno carlista.
Yo le hubi-rra hecho ministro de Gracia y Justicia.
Con ministros de esa altura, ya está asegurado el triunfo de los carlistas.

Yo respeto á los carlistas consecuentes, á los que han vivido años y años en la emigracion, á los que han dado pruebas de valor y de firmeza, y han preferido la escasez ó la miseria á los empleos con que muchas veces se les ha brindado; pero estos carlistas de nuevo cuño, estos que han servido á la dinastia última, y que ahora vuelven á ésta la espalda porque creen que calienta mas el sol del carlismo; estos á quienes el general Hoyos, que es hombre de buenos golpes, hizo reconocer públicamente en sus periódicos á la señora que era reina, como legitima reina de España, me parecen unos caballeros bastante cacos y bastante largos.

En la Regeneracion he leído el otro día una historia de la boina.
Me ha enterado.
El erudito historiador expresa su conviccion de la conveniencia de que todo el mundo gaste boina, porque dice que la boina es muy cómoda, de gran duracion, y puede ser una labor muy socorrida para las mujeres.
En efecto, parece que ahora á las niñas se les vá á enseñar en todos los colegios la manera de hacer boinas en lugar de enseñarlas á hacer dechados, media, crochet, bordado á realce y tapiceria.

Todo para dar gusto á la hermosa Regeneracion.
Se continúa buscando la manera de cobrar el ya famoso impuesto personal.
Yo creo que lo que hay que buscar es la manera de que tengamos dinero para pagarlo, sin quedarnos sin comer.

Pues señor, me parece á mí, y Vds. dispensen si digo algun desatino, que deban reunirse las Cortes.
Que vengan los diputados que están de veraneo, que se tomen esa molestia y á ver si acabamos, á ver si de una vez se resuelve la situacion.
El gobierno no dá señales de vida.
La gente pacífica está alarmada.
Nadie sabe lo que vá á suceder, y en la duda, es mucha la gente que pone tierra por medio, con notable perjuicio del país.
Digo, me parece á mí que ya es hora de que esta incertidumbre acabe.

Me hace gracia á mí la Regeneracion hablando de humanidad y armonia y fraternidad y aplaudiendo y enviando poco menos que la bendiccion apostólica á los carlistas que han empezado la guerra, y diciéndoles que Dios vé con buenos ojos su empresa.

No se puede ofender mas á Dios que suponiéndole protector de los que se lanzan á la guerra. Por fortuna el pueblo español ama á Dios y le respeta, y sabe que su religion es de amor y fraternidad, no de odio y rencor.

Porque se fué con los carlistas Romo, su tío liberal de tomo y lomo, se ha muerto del errinche que ha tomado, pero antes al sobriño, que tomó aquel camino, lleno de enojo le ha desheredado.
Mirad cómo en políticas contiendas pueden perderse ¡ay Dios! vidas y haciendas.

He leído despacio la circular publicada hace días por el ministro de Hacienda.
Francamente, yo no quisiera ofenderle, pero me parece á mí que los milagros que haga este señor ministro se pueden juntar con los de Figuerola.

GEROGLIFICO.



MADRID: 1869.—Imprenta á cargo de Diego Valera. Calle de las Hileras, número 4, bajo.

172 FOLLETIN DE EL CASCABEL.
—¡Ah! V. siempre me quiere consolar.
—Estoy diciendo á V. la verdad.
—Amigo mio, vamos, ya lo sé todo, vamos á ver á mi madre. Ya no habrá inconveniente...
—Hay que evitar que su madre de V. sepa ahora que está ciega... por que se moriría.
—¡Oh! sí.
—Voy á dejar á V. un momento, y pronto vendré á buscarla para que vayamos al lado de su madre de V.
—¡Oh! Dios le bendiga á V., alma buena.
El practicante se dirigió al lecho de la anciana y la dijo:
—Señora, vamos á poner á V. un vendaje.
—¿Por qué?...
—Porque es preciso, ya vá á amanecer, y no podría V. resistir la claridad; en el estado de debilidad en que se halla ese cerebro, es preciso evitar ciertas cosas.
—Lo que V. quiera; ya vé V. si soy obediente.
—Ya lo sé.
—¿Y mi hijo?
—Pronto estará aquí á su lado de V., pero cuidado con hacer locuras, cuidado con quererse quitar el vendaje que voy á poner á V., cuidado con querer abrir los ojos.
—¿No he de ver á mi hijo?
—Hoy no; podrá V. estrechar y besar su mano, pero verle no, porque se espondria V. á un terrible mal.
—Bien, tendré paciencia. Vds. han sido tan buenos conmigo, que en todo debo seguir su consejo y obedecerles.
Entretanto, Luis habia quedado en la sala del departamento de locos.
Estos le rodearon.
—¿Por qué lloras?... le preguntó uno. ¿Te ha muerto tu mujer?... Pues mira cómo bailo yo porque se me ha muerto la mía?... Ya me he quedado solo en el mundo... ¡Viva la libertad!
—Mira, le dijo otro, acercándose, si te vas de aquí, me vas á hacer el favor de buscar al ministro de la Guerra, y pegarle un palo. No ha querido hacérmela general.
—Oye tú, yo soy Dios, yo te puedo cortar la cabeza y poné-tela despues. Si tuviera un

cigarrillo, una puntita siquiera, te digo que no me faltaba nada para ser feliz. Dame un cigarrillo, una puntita siquiera, y te hago inmortal... no tienes mas que escribirme una esquela cuando te mueras, y en seguida voy á resucitarte.
—¡Alza, morena! ¡vaya un baile que hemos tenido esta noche! Lo mejor de Madrid ha estado aquí. A mi me ha declarado su amor una duquesa, y hemos quedado en darle hoy al marido un venenillo para que el apreciable caballero reviente como un triquitraque. ¡Oh! el amor es gran cosa.
—Yo quiero salir de aquí, que mis hijos me están llamando.
—Que me traigan la lanza y el caballo, ¡Guerra! ¡guerra al infiel marroquí!
—¡40.000 duros, 40.000 duros! Por 40.000 duros me como yo á mi padre... ¿Quién me dá 40.000 duros?... Yo los tenía, pero los perdí... ¿Qué importa? Mañana los volveré á tener... Y si no, me pago un tiro, dos tiros, veinte tiros, mil millones de tiros y así descausa un hombre para siempre.
—Ven acá, mujer querida, ven que te quiero contar que te amo mas que á mi vida... y que te voy á matar.
Adios, estrella sin nubes, adios que te vas al cielo, adios que al cielo te subes y me dejas en el suelo.
Si encuentras á los querubes que me mandes un buñuelo.
¡Já! ¡já! ¡já! ¡qué génio tan grande me ha dado Dios. Yo soy Byron, yo soy Virgilio, yo soy el gran poeta del siglo. ¿Quién quiere que le haga unas endechas á su amada?... Por dos reales un romance, por una peseta una oda, por dos pesetas, ¡oh! por dos pesetas hago yo la Jerusalem libertada!
Y no concurriria nunca si fuera á copiar todos los desatinos que dijeron aquellos locos.
Por lo que cada uno decia podia comprenderse el motivo de su locura.
Para el curioso observador, una casa de locos es un mundo lleno de enseñanza y de ejemplos.
En una casa de locos, pueden estudiarse los vicios y las costumbres de la sociedad.

173 EL HIJO DEL SACRISTAN
vino aquí llevaba dos dias de no dormir, de no descansar ni comer, de correr todo el santo dia por Madrid, en medio de la lluvia y la tempestad.
—¡Madre de mi alma!
—Temimos por su vida, pero Dios no ha querido que muera, y ahora no está ya en peligro de muerte...
—¡Oh! tiemblo al pensar que podia no haber vuelto á ver á mi madre.
—Lo mismo dice ella ahora.
—¿Cuánto tarda la hora de verla!
Llegó por fin la hora, el director del hospital recibió una orden de la autoridad para que dejase salir libremente al joven encerrado por loco.
Y si el lector tiene curiosidad de saber quién logró de la autoridad esta orden, y no lo ha adivinado, sepa que no fué la señora del ex-ministro, sino este mismo, á quien su mujer obligó á dar ese paso, aunque el ex-ministro se habia propuesto, rencoroso y vengativo, dar tiempo bastante á que Luis se volviera loco de veras, para que cuando se tratara de sacarlo de allí no fuese ya acasion de sacarle, sino de meterle.
El gran político era tambien un gran miserable, cosa que no es nueva.
Parece que quien mas talento y medios tiene para poder hacer el bien, debia emplear siempre uno y otros en tan hermosa mision; pero suele suceder lo contrario.
La esposa no tuvo mas remedio que referir á su marido la verdad, diciéndole que Luis habia sido su prometido, y que el despecho de verse el pobre tan cruelmente desairado habia sido el motivo de la escena famosa de la noche de b da, y esto irritó aún mas al bueno de Tomasito Meco, pero esto era precisamente lo que ella queria, que se irritase mucho mas para poderle dar mas radicalmente, por decirlo así, y obtener sobre él mas costoso triunfo.
Lloró la muy ladina, suplicó, abrazó las rodillas del viejo, y no consiguiendo así su intento, secó las lágrimas, le habló con entereza, le amenazó con abandonarle, y á esta amenaza ya no pudo resistir.
El temible seductor habia acabado su carrera como todos, viniendo á ser esclavo y juguete de una mujer que le despreciaba.

169
—Pero no has de volverle á ver, dijo el ex-ministro ya convencido.
—Nunca, yo no le amo; cuando los dos éramos niños jugábamos al amor. Para mí siguió despues siendo un juego aquel amor; para él, por lo visto, no ha sido así por desgracia suya.
—Es que tengo celos de ese hombre.
—¿Qué gracia! ¡celos!... Pues si sabes que solo á tí te amo.
—Es verdad.
—Pues, ¿por qué me he casado contigo?... Por amor, nada mas que por amor.
Y aquel hombre de talento tan bobo se lo creia, como si fuera un colegial.
Hay muchos hombres de talento tontos de capirote.
Cuando el practicante vió la orden de libertad para su amigo, tembó como si se viera en un gran peligro.
El pobre Luis iba á saber que su madre estaba ciega.
—Es preciso, le dijo, que tenga V. todavia un poco de paciencia.
—Pero, ¡mas paciencia! ¿no he tenido bastante!
—V. es jóven, es fuerte aún, á pesar de los padecimientos de estos dias que tan desfavorablemente han influido en su salud, y puede resistir las mas fuertes emociones, pero su madre de V. es anciana, está muy débil, ha sufrido en estos dias mucho mas que V., y no la puede V. ver sin que antes se preparemos. ¿No es V. de mi misma opinion?
—¡Oh! sí, lo que V. piense será siempre lo mejor; yo no puedo negarme á nada que me indique mi generoso salvador. A V. debe la razon, la dicha de volver á mi madre, la vida, en fin... Yo haré todo lo que V. quiera.
—Así me gusta, que sea V. razonable; es todo lo mas que se le pueda pedir á quien ha vivido en una casa de locos.
—Es verdad, contestó Luis con una triste sonrisa.
—¿Qué buena señora es su madre de V. Debe tener un corazon de oro.
—Para creerlo así basta saber lo desgraciada que ha sido. Dió su amor y su vida entera á una hija agena, y esta le ha sido in-

